



**POSTAL  
GERUNDENSE**

# NUESTRAS MURALLAS

Por JORGE DALMAU

Alguien dijo presenciando el final de una procesión de Viernes Santo en nuestra ciudad que de no existir el Portal de Sobreportes, se tendría que inventar para aquel momento. Pasaba el Santo Sepulcro y la luz era de antorchas. Se comprende, así, la afirmación.

Pero también se ha dicho que si una ciudad antigua no se decide a apartar de sí las piedras viejas, especialmente las murallas que la ro-

Antes de la prisa, del siglo del acelerador, hubo la bendita calma de saber reunirse en grupo tranquilo y saber parar la tartana, viniendo de la «Font del Rei». No hay reloj en la puerta del Carmen, pero se adivina que el mediodía quedó atrás; podría ser un día de verano, ¿no veis las copas de los plátanos? y podría ser mediada la tarde porque las sombras y las luces tienen en Gerona como en todo el mundo, con ritmo más seguro que las murallas mismas.

Los hombres van sucediéndose, los vehículos también, las piedras igualmente, y el sol continúa dando por la izquierda entrando en Gerona por la calle del Carmen.

Pero, mirando a poniente, es natural que alguien sienta añoranza. Hay derecho a vivirla. Como hay el deber de esperar un nuevo día para ver salir otra vez el sol.

dean, su crecimiento siempre será raquítico e inarmónico; las murallas, por paradoja, no la defienden, antes al contrario la atacan ahogándola. Contradicción no falta nunca en lo que a opinión pública se refiere.

Es posible que cada época —léase cada régimen político o municipal— se haya creído decir la última palabra en cuanto al futuro de las murallas de Gerona. Y la última palabra ha sido

casi siempre la del golpe de pico dispuesto a derruir algo, aunque con el tiempo el pico ha sido sustituido por la perforadora eléctrica, como pudimos ver no hace muchos años en la avenida Jaime I al construirse la nueva Delegación de Hacienda.

Gerona tenía un cerco de murallas que si ahora lo viésemos nos maravilláramos del enorme esfuerzo que supuso derruirlas. Puede constatar esta afirmación la brigada municipal que recientemente trabajó ensanchando el Portal Nou en la calle de este nombre, saliendo a Capuchinos; los muros se construían entonces pensando en las máquinas de nuestro tiempo.

Las murallas derruidas estorbaban a alguien. Es inútil que los eternos descontentos analicen si ese alguien tenía o no toda la razón. El caso es que ahora no tendrían sentido las puertas de la ciudad que habían existido. Probemos, si no, de imaginarnos un día o, mejor, una noche de Todos los Santos: son las doce o más horas, en la plaza de la Independencia; hoy la comarca nos ha visitado y todos los coches de línea regresan a los pueblos; han de salir de la ciudad por la puerta de Figuerola. Ahí, ¿estaría un municipal abriendo y cerrando a cada claxon que oyera? Qué contrasentido en la época de la comodidad. O, si no, situémonos imaginariamente en verano y sería un buen espectáculo contemplar la carretera que va a San Feliu de Guíxols y que pasa precisamente por la puerta del Carmen, en la calle que así se llama. ¿Tan poco sentido común habría como para cerrar la puerta a las nueve de la noche a quien ha venido a dejar sus divisas, en coche, de mil o dos mil kilómetros lejos?

Gerión, en un *Angulo de la ciudad*, decía: «A principios de siglo junto a las puertas de la ciudad ya no se paseaba marcialmente el centinela, sino otro tipo más vulgar y poco simpático en Gerona: el «burot». Porque a eso vinieron a parar los restos de las viejas fortificaciones que nos hicieron inmortales: a servir de filtro para que nadie se escapase de pagar el odiado impuesto de consumos». Para servir de filtro y de estorbo, bien derruido está. E igualmente descanse en buena paz el baluarte de Bournoville

que dejó paso al necesario mercado de ganado, aunque ante la tumba de tanta piedra desaparecida pueda alguien rasgarse las vestiduras; al fin y al cabo las piedras históricas en una ciudad viva son algo así como una fortuna heredada con testamento enredado: la discordia está al acecho. Pero si hay lamentos es signo evidente de que hay preocupación, y de que, por lo tanto, no todo está muerto.

Capítulo aparte de las caídas son las fortificaciones que no se pueden enseñar a los forasteros: Montjuich. Porque al enseñarlas quedaría al descubierto el pecado social del suburbio, con todo lo que humanamente representa su peor sentido.

Y en tercer lugar quedan las murallas que se han de enseñar, las que ya no estorbarán a nadie, porque vamos a embellecerlas, las que están en franca recuperación o —para ser más exactos— en plena resurrección. El Paseo Arqueológico (¡qué bien queda en mayúscula merecida!) es la gran esperanza y ojalá fuese bien pronto una gran realidad. Se ha visto iniciar, pero uno teme siempre por su interrupción. Presupuesto sí, presupuesto no, es el peligro constante de toda obra de esta índole. (Cuando se construía el puente de Isabel II, la reina observó que repetidamente se votaban varias cantidades para el mismo, y preguntó si se construía de piedra o de oro. El Puente de Piedra se hizo en... seis años.)

Hacemos votos para que el Paseo Arqueológico se termine con la misma solidez —y rapidez— que el puente. Que sea símbolo y encarnación de las murallas que han de ser conservadas, vistas y veneradas en representación de todas sus hermanas desaparecidas en aras de la expansión de la ciudad.

El Paseo Arqueológico que se está logrando podrá ser el armisticio entre lo viejo y lo nuevo; entre lo nuevo que revaloriza los tonos grises de ayer y lo viejo que se deja querer con el abrazo de la vegetación que en parcelas jóvenes viene a subrayar las piedras de la historia.

Está en las manos de esta generación poner a la obra iniciada su última piedra.